

## INTRODUCCIÓN

«Las homilías de Benedicto XVI: un modelo para la Iglesia», sostenía un vaticanista en un ya lejano 2009: una referencia para predicadores en toda la Iglesia<sup>1</sup>. Cada año litúrgico va de Adviento a Adviento y constituye un gran relato sacramental de toda la historia de la salvación: de misa a misa, la liturgia hace cumplir lo que promete. «El protagonista de la narración, Jesús —seguía diciendo—, no es simplemente recordado, sino que está presente y actúa». Las homilías son la clave de comprensión de todo este misterio: quién es Él y qué hace hoy, «según las Escrituras».

Es lo que hizo el papa Ratzinger, un extraordinario *homileta*. «La homilía —ha escrito el papa Francisco en *Evangelii gaudium*— puede ser una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, una fuente constante de renovación y de crecimiento» (n. 135). Las homilías se convirtieron así en un signo distintivo del pontificado de Benedicto XVI: «Son en buena medida —sostenía Magister— de su puño y letra, por partes las improvisa, son lo que más genuino sale de su mente». El papa alemán recomendaba así la vieja práctica de los buenos párrocos, quienes empezaban el lunes a preparar la homilía del siguiente domingo, e iban pensándola y «rumiándola» durante toda la semana.

---

<sup>1</sup> Sandro Magister en *L'Espresso*, «Las homilías de Benedicto XVI: un modelo para la Iglesia», 27 de noviembre de 2009.

Un año y un mes después, el citado periodista volvía a la carga con el siguiente titular: «Benedicto XVI, hombre del año. Por sus homilías»<sup>2</sup>. «Son el eje de su magisterio ordinario —añadía—. Narran la aventura de Dios en la historia del mundo. Levantan el velo a ‘las cosas de arriba’». Son homilías luminosas que nos hacen entrever el misterio insondable de Dios. En la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* sobre la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, en el párrafo 59, Benedicto XVI había hablado del cuidado de la homilía, pues esta constituye el principal —si no el único— acto de comunicación de la novedad cristiana escuchado por millones de cristianos cada domingo en el mundo, que a su vez están «bombardeados» por informaciones que no siempre son cristianas.

«La homilía —decía allí— constituye una actualización del mensaje bíblico, de modo que se lleve a los fieles a descubrir la presencia y la eficacia de la Palabra de Dios en el hoy de la propia vida. Debe apuntar a la comprensión del misterio que se celebra, invitar a la misión, disponiendo la asamblea a la profesión de fe, a la oración universal y a la liturgia eucarística». Por eso quienes tienen concedida esta misión «han de tomarse muy en serio esta tarea». Y ofrece orientaciones más concretas: «Han de evitarse homilías genéricas y abstractas, que oculten la sencillez de la Palabra de Dios, así como inútiles divagaciones que corren el riesgo de atraer la atención más sobre el predicador que sobre el corazón del mensaje evangélico».

Debe quedar claro, por tanto, a los fieles que lo que interesa al predicador es «mostrar a Cristo», que tiene

---

<sup>2</sup> S. Magister en *L'Espresso*, «Benedicto XVI hombre del año. Por sus homilías», 27 de diciembre de 2010.

que ser «el centro de toda homilía». «El predicador tiene que “ser el primero en dejarse interpelar por la Palabra de Dios que anuncia”, porque, como dice san Agustín: “Pierde tiempo predicando exteriormente la Palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior” (Sermo 179, 1: PL 38, 966). Cuídese con especial atención la homilía dominical y la de las solemnidades; pero no se deje de ofrecer también, cuando sea posible, breves reflexiones apropiadas a la situación durante la semana en las misas *cum populo*, para ayudar a los fieles a acoger y hacer fructífera la Palabra escuchada».

Allí es donde encuentran a Dios: «La homilía es —añadía el papa Francisco en esta línea— un retomar ese diálogo que ya ha entablado el Señor con su pueblo» (n. 137). De hecho, es parte de la acción litúrgica, más aún, son ellas mismas liturgia, de aquella «liturgia cósmica» que Ratzinger estableció como la «meta última», «cuando el mundo en su conjunto se hará liturgia de Dios, adoración, y entonces estará sano y salvo». La celebración en este mundo nos pone en directa conexión con la liturgia celestial, como ilustraban las glorias pintadas en los techos de las iglesias barrocas. Hay mucho de los predicadores san Ambrosio, san Agustín o san León Magno... en esta visión de Ratzinger de entrever el cielo en la tierra, lo eterno en lo temporal.

El mismo teólogo Ratzinger evocaba en su volumen de memorias sus recuerdos de infancia en los que nació su amor a la liturgia: «El año litúrgico imprimía su ritmo al tiempo y lo percibí ya desde niño —es más, precisamente por ser niño— con gran alegría y agradecimiento. En el tiempo de adviento, por la mañana temprano, se celebraban con gran solemnidad las misas *Rorate* en la iglesia aún

a oscuras, tan solo iluminada a la luz de las velas. La espera gozosa de navidad daba un sello muy especial a aquellos días melancólicos». Y continuaba así: «Los jueves de cuaresma se organizaban unos momentos de adoración llamados «del Huerto de los Olivos», con una serenidad y una fe que siempre me conmovían profundamente. Particularmente impresionante era la celebración de la resurrección, la tarde del Sábado Santo [...] Apenas el párroco cantaba el versículo que anunciaba «¡Cristo ha resucitado!», se abrían de repente las cortinas de las ventanas y una luz radiante irrumpía en toda la iglesia: era la representación más impresionante de la resurrección de Cristo que jamás he presenciado»<sup>3</sup>.

«El año litúrgico es un gran camino de fe», escribió en una de sus breves meditaciones dominicales construidas como pequeñas homilías sobre el Evangelio del día. Ángel María Navarro, profesor en la Facultad de Teología del norte de España, lo llama «el papa teólogo/*liturgo*», pues «Benedicto XVI explicita este horizonte de comprensión: que la importancia única del hecho litúrgico cristiano, centrado en la Eucaristía, deriva del “primado de Dios” y se comprende únicamente desde “la primacía del tema de Dios”»<sup>4</sup>. Esta primacía de Dios y de la necesidad de la adoración estructura el sentido de las homilías benedictinas.

Por su parte, los italianos Paolo Sartor y Simona Borello realizaban un detenido análisis lingüístico de las homilías del pontificado en 2013, en las que veían unidos *logos*, *pathos* y *ethos*: razón, corazón y llamada a la acción,

<sup>3</sup> *Mi vida. Recuerdos 1927-1977*, Encuentro, Madrid 1997, 32.

<sup>4</sup> A.M. Navarro Lecanda, *Tiempo para Dios. La teología del año litúrgico de Benedicto XVI (2005-2008)*, ESET, Vitoria-Gasteiz 2009, 7.19.51.